

La pena y el cansancio también tienen sus límites. Uno recobra el ánimo o las energías al poco de temerse que no resiste más. Tocar fondo es también una forma de rebotar. Aligerarse. Enterarse que en lo hondo del agujero también soplan de pronto nuevos aires. Según quien la inventó, la guillotina debe de producir en el ajusticiado una súbita sensación de frescura. ¿Quién sabe si la muerte no es un segundo aire?

Éstos eran los ánimos que yo me daba en la noche de mi segundo arresto. Dos en una semana tenían que ser irreales. Encima de eso me faltaban las fuerzas para empujar otra bola de nieve de ideas idiotas. Los celadores cuentan con esos pensamientos. Antes de que te pongan número y uniforme necesitan quebrarte los huesos del espíritu. Que cuando llegue la hora del retrato tengas toda la pinta de patibulario. Esa noche me dije que no iba a darles gusto.

Antes había temido que me lo merecía. Que era tan criminal como cualquiera de los facinerosos obligados a hacerme compañía. Y esta vez prefería repetirme que me lo había buscado. Sería quizá lo mismo, pero yo lo veía diferente. Habérmelo buscado no dejaba de ser un acto caprichoso de la voluntad. Tenía lo que quería, ¿no era cierto? Y al fin quería tan poco que ya me daba igual.

No lo pensaba así, aunque hoy supongo que me estaba rindiendo. O en fin, aclimatando. Como esos reincidentes fotogénicos que inclusive sonríen a la hora de la foto. Igual que el labregón que ya con dieciocho años vuelve feliz a aquella misma escuela de la que tantas veces lo expulsaron, a cursar nuevamente el segundo año de secundaria. Si van a despreciarte porque eres lo peor, de una vez que se enteren que no tienes arreglo. Que digan ay, qué cínico, pero nunca qué hipócrita. Me lo busqué, señoras y señores. Soy mi propio gurú en las ciencias ocultas del autoperjuicio.

Seis días antes no podía ni hablar. Me atropellaba nada más del miedo. La paranoia es un tumor voraz; crece y se reproduce a

partir de sí misma; devora todo lo que no la contiene. No se puede vivir dando albergue a esos monstruos, ni alimentando al diablo que los pastorea. Eso es lo que aprendí del primer encerrón. Trataba de aplicarlo, ya entrado en el segundo. Fuera de aquí, alimañas, les ordenaba cada pocos minutos, nada más recordar la noche malparida del primer arresto: cuando además de monstruos y demonios miraba cucarachas desfilar por la que a fin de cuentas era su puta casa. ¿Cómo hace uno para ser arrestado y liberado en dos países en la misma semana?

Era mucho esperar, que otra vez me soltaran. Por lo pronto necesitaba entretenerme, por eso me apliqué a grabar nombre y fecha en un rincón, a un ladito del suelo. A falta de una llave o algún clavo, escribí con los restos de un anillo que yo consideraba de utilería. Hasta el primer arresto, fue nada menos que un salvoconducto. *Una licencia para delinquir*, según me había echado en cara Lauren, la semana anterior. Por teléfono, afortunadamente. Tíralo a la basura, dónalo, véndelo, haz de cuenta que nunca nos casamos. Haré de cuenta, le dije y colgué.

Fue hasta el segundo arresto cuando empecé a temerme que el anillo tuviera algo que ver con tanta mala suerte. No pudieron sacármelo al entrar. Me lo quité después, con saliva y paciencia. Luego lo aprisioné entre tacón y pared, hasta que fue doblándose. Aplastado sí que me iba a servir. J, O, A, Q, iría rayando. Quería escribir también los apellidos, una vez que empezara a servir la herramienta.

Me habían agarrado a media calle. Caminando. O corriendo, ya casi. Alcancé a ver a uno que me seguía, venía buscando el modo de perdrmele cuando los otros dos casi me levantaron en vilo. Llegó el perseguidor, dijo mi nombre y me treparon a un coche. Dicen que a quienes pasan meses o años huyendo les cae como un consuelo que los agarren. No fue así, exactamente, aunque puede que hubiera algún consuelo. El de ya no ser yo, sino la vida quien decidiera mis siguientes pasos. Al final, si me habían arrestado por lo que yo creía, encontraría la forma de negociar. Firmaría pagarés, me darían arresto domiciliario. Pero ya no hubo tiempo para pensar en eso. Si la vida me estaba encerrando en un calabozo, yo podía escaparme de ese miedo destruyendo el anillo que me hacía parecer persona de bien y escribiendo con él en la pared. Que de una vez se sepa, pensaba. No soy gente de bien, sino ave de rapiña. A mis muertos los cargo antes en el estómago que en la conciencia.

Putra conciencia mustia, gruñí, casi en voz alta, te juro que esta vez no me vas a alcanzar. Nadie me va alcanzar, me animé luego, soy demasiado insignificante. Dos estafas menores, una en cada país, no encienden las alarmas de la Interpol. Ni siquiera acababa de constarme que apenas un par de actos elementales de supervivencia merecieran la calidad de estafa. Joaquín Medina Félix, sentencí con los ojos bien cerrados, eres un carroñero de ocasión. ¿Para qué preocuparse?, me encogí de hombros tensos, ligeramente más teatral que tranquilo, mientras iba esculpiendo el rabo de la Q. Las personas de bien no cazan zopilotes.

Desde la noche en que salió a escondidas y para siempre de Chiconcuac hasta el día en que empezó a temer por su vida, Imelda Fredesvinda Gómez Germán no volvió a usar su nombre verdadero. Se llamó Elvia, Francisca, Cipriana, Rebeca, Obdulia, Josefina, se apellidó Álvarez, Rojas, Benítez, Blanco, según le sonaban confiables. Comenzó como Elvia Benítez Rojas, que equivalía a ser hija de su madrina de bautizo. Finalmente, si se metía en un problema, ese nombre tendría que ayudarla. Era digno, decente a toda prueba, la hacía sentir segura cuando tenía que referirse a sus padres. Rogelio Benítez Alemán y Elvira Rojas de Benítez, que en paz descansaran. No habían tenido hijos, pero tampoco iban a desmentirla. Mientras vivió, además, su madrina Elvirita le había dado más que todo el resto de su familia junta. Por eso los dejó, decían ellos, y porque Imelda se había encargado de que nunca creyeran otra cosa. La madrina no sólo le compraba ropa, también lociones, sombras, rímel, bilé, rubor, todo lo que la hacía sentirse parte del mundo y no de Chiconcuac.

—Esta niñita no es como sus hermanas. Va a acabar enganchada del primer pelagatos que le ofrezca sacarla de Chiconcuac —cuando Isaac Gómez hablaba de Imelda, le saltaba un rencor anticipado. Más que profetizar una huida inminente, Isaac buscaba armarse de razones para tomar distancia preventiva y cualquier día decir que su hija no era su hija.

—Eso no es lo que Imelda ha visto en su casa —replicaba sin gran convencimiento Obdulia, que además de ella había tenido a cuatro mujeres, dos hombres y demasiadas ocupaciones para vigilarlos. Ni Memo ni Isaaccito habían recibido ese ejemplo en su casa

y estaban en la cárcel por asalto y secuestro. Desde entonces, Imelda era la única que hablaba de ir a verlos.

—¿Dónde queda el penal de Atlacholoaya? —había preguntado desde los doce, sin otro éxito que el de poner de malas a Obdulia, quien junto a su marido ya los había borrado de la lista de hijos. ¿Qué iba a decir la gente? ¿Que los niños habían visto esas cosas en su casa? ¿Más les habría valido cambiarse el apellido antes de hacer todas las cochinadas que hicieron! Y ésa era una de las razones por las cuales Imelda prefería que creyeran que los dejaba por falta de dinero. La otra tenía que ver con el orgullo, pues si al final se iba detrás de un hombre no sería para entregarle al padre el regalo de ver su predicción cumplida. A medias, eso sí, porque nadie la iba a “sacar” de Chiconcuac. Se sacaría ella para seguirlo a él, aunque él no lo pidiera, ni lo quisiera, y menos lo esperara.

—Escriba el nombre de uno de sus presos y pásele a registro, antes de que se acabe la hora de visita —la instruyó una mujer uniformada, con esa mezcla de piedad y desdén tan frecuente entre celadores y vigías. Cuando los detuvieron, José andaba en Tijuana. Un par de veces los agentes preguntaron por él en el billar de Marcos, donde antes se juntaban todas las tardes. Había quien decía que José los ayudó con algunos de sus negocitos, que volvió de Tijuana con un amparo y por eso no lo pudieron encerrar, que tenía abiertos un par de procesos por robo a mano armada. Nada que Imelda quisiera escuchar, aunque al fin lo guardara bajo llave, en esa caja negra de la memoria a la que nunca nadie querría recurrir.

—¿Imelda tras de mí? No jodas. No me jodas. ¿Cómo me va a encontrar? —Gilberto, se llamaba en la ciudad. José, en el pueblo. En realidad tenía los dos nombres, pero nadie de Chiconcuac le llamaba Gilberto, ni José Gilberto. Fue luego de enterarse que José tenía un nombre distinto en la ciudad que Imelda resolvió cambiar el suyo. Se le aparecería de la nada, con su maleta, dispuesta a lo que fuera.

—Voy a hacer lo que tenga que hacer, pero yo a Chiconcuac no me regreso —Isaac y Memo lloraron como niños cuando la vieron salir al patio. Había dejado su maleta en la entrada, tenía que apurarse si no quería que a la familia le diera por buscarla allí, en Atlacholoaya. Se abrazaron los tres, por un tiempo tan largo que a Imelda le volvió la paranoia. ¿Dónde estaba José? Tenía que enterarse, tenían que decírselo. Hasta ese día sólo había sabido de ellos por él, que con cierta frecuencia los visitaba. Se enviaban mensajitos

o pequeños regalos con José, sin que nadie supiera, porque lo que es en todo Chiconcuac ni quién imaginara que Imelda tenía novio, ni por lo tanto se figurarían que el único motivo que había tenido para fugarse no era el fallecimiento de la madrina y el fin de sus regalos y patrocinios, sino la desaparición de José, un par de días antes.

—¿Sabes con quién te metes, por lo menos? —José la quería poco, también sabía eso. Se lo habían repetido Isaac y Memo, pero al final juraron guardarle el secreto. Nadie sabría nunca que ella se había ido a México a buscar a José.

—¿Para qué crees que se cambió el nombre? —Memo iba de la indignación a la tristeza. Era siete años más grande que ella, pero la conocía mejor que Isaac y sabía que Imelda no iba a asustarse ni aun si le decían que en la ciudad Gilberto era estrangulador. Le importaría poco que fuera ladrón, y todavía menos cuando supiera que en realidad José no se robaba nada, sino que era, como no se cansaba de matizar Isaac, que estudiaba derecho penal en la cárcel, “autor intelectual”. Tenía veintidós años, le quedaba más que eso de condena. Saldrían de ahí los dos con la cabeza blanca. ¿Quién les decía que a ella no iba a pasarle igual si iba tras de José?

—¿Qué quieres ser? ¿Autora material? ¿Vas a hacerte pasar por recamarera? ¿Vas a tender las camas y a lavar escusados hasta que te den la orden de vaciar la casa? —Isaac había cambiado. Ya no era el bravucón que rompía los tacos de billar en las cabezas de sus adversarios y a menudo los remataba a pelotazos. Había cursado tres semestres de universidad abierta, tenía una ex novia consecuente que cada mes le enviaba libros y papeles. Imelda con trabajos reconocía a Isaac en ese preso rígido de aires doctos y pose espantadiza. ¿Quién se creía, además, para darle lecciones? ¿No era secuestrador, con un carajo? Para el caso tenía que haberle dado ejemplos, no lecciones. Siempre había sido fácil sublevarla, desde cuando ella tenía cinco años y ellos diez y doce. Por eso había aprendido a contenerse. Después los había visto salir de la casa directo hacia el Consejo Tutelar. Junto a José, vendían marihuana en las escuelas de Jojutla. La fumaban, también. Imelda los espiaba, sabía dónde guardaban las reservas. Cuando se los llevaron, cogió la bolsa y la escondió en la casa de muñecas. Luego cumplió diez años y celebró fumando en la azotea. Tal vez por esa admiración secreta que, entre otras cosas, la hizo consumidora de cannabis apenas en cuarto año de primaria, Imelda no aceptó, durante el resto de su primera visita a la cárcel estatal de Morelos, que el que la prevenía contra José fuera precisamente su



hermano Isaac, y al final se negó a siquiera darle la mano si antes él no la proveía con el teléfono y la dirección de José.

—¿Gilberto? ¿Cuál Gilberto? —no había adónde llamarle, la dirección era imprecisa, sólo que Imelda no imaginaba cuánto. “Hidalgo 86” podía estar en cualquier colonia, ser casa o edificio, parque, bulevar, carretera, quién lo iba a adivinar. No podía, además, pagarse una investigación en taxi. Había comprado una guía roji, su plan era ir tachando cada una de las calles visitadas, sólo que hacerlo a pie podía salirle casi igual de caro. No tenía dinero más que para comer, y eso por pocos días. ¿Qué haría sola? ¿Robar? ¿Por cuánto tiempo? ¿Hasta que la agarraran? Según le había dicho un taxista, sólo entre Ecatepec, Tultitlán y Vallejo se pasaría una semana agarrando camiones y caminando. Podía volver a Atlacholoya, pero ya no confiaba ni en sus hermanos. ¿Sería cierto que José vivía de las mujeres, que las enamoraba y las hacía ladronas?

—Para mí que se fue de puta —Norma, la mayor entre las hermanas Gómez Germán, sería la primera en dar a Imelda por perdida. La había visto siempre como el tercer hermano rufián, no podía imaginarle un destino tantito preferible. A diferencia de Olga, Nubia y Nadia, que se turnaban con ella y los padres para atender la farmacia, Imelda sólo ponía un pie allí para robarse las medicinas. Roipnoles, lexotanes, ativanes, quaaludes, todo lo que pudiera mercar en la escuela. Tal como sus hermanos, por supuesto. Quién sabe si no darla por emputecida fuera su forma de ser optimista frente a la perspectiva de suponerla carne de prisión. De una u otra manera, por lo menos ya no se perderían las medicinas.

—Pregúntale a tu madre, cabrón —tenía ya el cuerpo de Imelda los bastantes atributos para facilitar el cumplimiento de la corazonada de Norma, pero se había propuesto justamente un límite que la hacía impermeable a las propuestas callejeras: no estrecharía otros brazos hasta dar con los de José. Estaba haciendo todo eso por él. Se volvería ladrona, si él se lo pedía, pero de ahí a putear había distancia. Muerta de hambre tal vez, puta jamás. Era mujer de un hombre y lo estaba probando.

—¿Estás seguro de que era Imelda? ¿Dices que preguntó por José o por Gilberto? ¿Pero dijo su nombre? ¿Entonces cómo sabes que era Imelda? Yo no conozco a ninguna Elvia —José había salido de la casa de Hidalgo 86 cuando Imelda tomó el segundo microbús que la llevó, al octavo día de búsqueda, del Olivar de los Padres a San Bartolo Ameyalco. Ya eran más de las seis, estaba oscureciendo,

pero Imelda advirtió tras gafas y cachucha las facciones de Isidro, el hermano menor. Mi cuñado, pensó. Fue a propósito que le preguntó por José primero y por Gilberto después, pero fingió que no lo reconocía. Sabían los dos, al fin, y de hecho los tres, que pronto volvería y ya tendrían que hacer algo con ella. ¿O la iban a dejar que fuera por ahí de preguntona, confundiendo a Gilberto con José?

Serían las diez y media de la mañana cuando pisé la calle. Me había pasado casi quince horas preso, traía el anillo roto aprisionado en el puño izquierdo. Me quedaban tres noches de hotel. Si vendía el anillo sacaría para sobrevivir una semana más, puede que dos. Antes de permitirme preguntarle dónde carajo estábamos, el abogado ya me había invitado a desayunar. Tenía que explicarme un par de asuntos. Meramente legales, casi sonrió. Nos conocíamos bien, de años atrás, pero igual le di trato de perfecto extraño. De pronto vi el Palacio de Bellas Artes. Estamos cerca, dije. ¿De qué?, se interesó, aunque tampoco mucho. No contesté. Me sentía contento, incomprensiblemente, feliz como cualquier miserable que se cree afortunado porque la Procuraduría está a unas cuantas cuadras de las tiendas de compra y venta de oro, y porque el abogado le va a pagar completo el desayuno.

—Mira, Joaquín —puta mierda, me sabía sus muecas de memoria. No quería escucharlo, venía haciendo cálculos. Cuánto me duraría lo que me iban a dar por el anillo. Cuántos pasos habría entre el desayuno y yo. No me daba la gana enterarme de mi situación legal, ni él estaba dispuesto a decirme quién le estaba pagando por ayudarme. ¿“Mira, Joaquín”? ¿Quién se creía ése para venir a mirajoquinearme? ¿Quién me garantizaba que no lo había enviado la parte acusadora? Porque ni eso le daba la gana explicarme, quién estaba acusándome y de qué. No era que yo no me lo imaginara, luego de tanto tiempo de andar fugado, sino que no podía confiar en él. Lo único seguro era también lo único importante: el licenciado Juan Pablo Palencia me invitaba a desayunar. Lo demás era paja, podía almacenarla hasta el cuarto café.

—Licenciado Palencia —lo interrumpí, apenas nos sentamos— ¿le importa si me cuenta de esas cosas cuando hayamos usado las servilletas? Ya sabrá, estoy nervioso. Necesito primero un almuerzo decente.